

advertencia de que no todo anda bien en cuanto a las consecuencias del crecimiento y el uso indiscriminado de muchos aspectos de la tecnología moderna.

VÍCTOR L. URQUIDI
El Colegio de México

DAVID KAY, *The New Nations in the United Nations, 1960-67*. Nueva York, Columbia University Press, 1970, 254 pp.

Conferencias internacionales recientes como la tercera reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (III UNCTAD), en Santiago de Chile en abril de 1972, y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, en Estocolmo en junio de 1972, han puesto de nuevo de manifiesto las diferencias ideológicas y operacionales que separan a los "antiguos" miembros de la ONU (admitidos antes de 1960) de los "nuevos" (admitidos después de 1960), en las reuniones internacionales. La mayoría de los "nuevos" miembros de la ONU son países en desarrollo de África; pocos de ellos son ex territorios coloniales de otras partes del mundo. En cambio, el grupo de naciones "viejas" se compone de naciones desarrolladas y subdesarrolladas, como Estados Unidos y muchos países de Europa Occidental por una parte, y los países latinoamericanos por la otra. Por lo tanto, la mayoría de los "nuevos" miembros de la ONU, y muchos de los "antiguos", comparten ciertas preocupaciones, la más prominente de las cuales es el desarrollo económico. En el pasado, las "antiguas" naciones en desarrollo estaban a menudo de acuerdo con los esquemas que proponían sus "antiguos" socios industrializados; fue sólo cuando hizo su aparición el bloque de "nuevas" naciones en desarrollo de África que cambiaron los esquemas operacionales tendientes a alcanzar el desarrollo económico, con lo que surgió un enfrentamiento no entre países "viejos" y "nuevos", sino entre países subdesarrollados y desarrollados. Hoy, los países en desarrollo —o el tercer mundo— representan en las Naciones Unidas una fuerza que ya no se puede ignorar a la ligera en cuestiones políticas o económicas, ni en cuestiones sociales y humanitarias. En vista de este enfrentamiento que parece consolidarse de una reunión internacional en gran escala a la siguiente, resulta conveniente examinar de nuevo el esclarecedor documento de David Kay sobre los patrones de comportamiento de las naciones "nuevas" en la ONU después de 1960.

La décimaquinta sesión de la Asamblea General en 1960 marcó un importante punto de inflexión en la historia de la organización mundial. En esa sesión se admitieron en la ONU diecisiete naciones nuevas, todas ellas ex territorios coloniales de África, a excepción de Chipre. Esto no sólo significó un incremento numérico de 82 a 100; lo que es más importante, significó una reestructuración informal de la polarización existente entre Oriente y Occidente en la Guerra Fría de la década de 1950. Los estados "nuevos", que lentamente despertaban a la realidad del poder de su superioridad numérica, pronto estuvieron listos y dispuestos a tomar partido en todos los problemas, y a menudo a "regatear" su apoyo a cambio de concesiones en materias que les importaran fundamentalmente. Tales materias eran, y siguen siendo, la eliminación del colonialismo y de la discriminación racial, el desarrollo económico y social, y los derechos humanos. Las naciones nuevas, inicialmente carentes "de experiencia en la arena contemporánea" (Kay), pronto apren-

dieron a "plantear a la organización las exigencias que emanan de [su] propia política nacional", y a ser escuchadas.

Hay poco que criticar en el libro de David Kay, escrito inicialmente como tesis doctoral bajo la dirección de uno de los especialistas en asuntos internacionales más prominentes de Estados Unidos.

El estudio se inicia con una definición del término "influencia" en la ciencia política contemporánea. Está organizado en cuatro secciones. La primera se ocupa del análisis de los métodos que las naciones nuevas tienen a su alcance para presionar en favor de sus demandas (delegaciones, grupos de deliberaciones, negociaciones, grupos de membresía limitada y votación). La segunda examina los patrones de intereses revelados en el comportamiento de las naciones nuevas. La tercera considera la respuesta a las demandas planteadas por las naciones nuevas a la organización. La cuarta presenta un estudio de caso del comportamiento de las naciones nuevas durante las deliberaciones de un tema de gran interés para ellas: la Declaración sobre Colonialismo de 1960.

Kay maneja con pericia y presenta lógicamente sus datos exhaustivos sobre "Instrumentos de Influencia" (capítulo II), la "Dirección de las Demandas" (capítulo III), y la "Extensión de la Influencia" (capítulo IV). Después de todo, si bien es cierto que la ONU es fundamentalmente una organización política, también lo es que la política se hace en nombre de personas vivientes. El libro es de fácil lectura, nada pesada; su redacción es precisa, de estilo periodístico.

Desde 1970, cuando se publicó el libro de Kay, han ocurrido ciertos acontecimientos dentro del marco de la ONU que ameritan consideración en conexión con los datos contenidos en el libro.

El primero de ellos es la tendencia creciente de los últimos años, que manifiestan los países no industriales, "antiguos" y "nuevos", a actuar menos como países individuales que como miembros de un grupo regional. Los países de América Latina han seguido esta práctica durante algún tiempo con éxito variable. Las naciones africanas descubrieron la importancia del regionalismo casi inmediatamente después de que se convirtieron en actores en la escena mundial. La Organización de la Unidad Africana (OUA) fue fundada en 1963 por 30 estados africanos que tenían esta consideración en mente.

Kay se refiere a la importancia de los grupos de deliberación en la ONU (pp. 22-26), como una cámara de compensación informal cuando se trata de la selección de candidatos, o como un centro adecuado para el intercambio y la armonización de opiniones sobre un tema dado. Resulta interesante advertir que los inicios del grupo asiático-africano, que más tarde se dividió en un grupo africano y otro asiático, se remontan a la búsqueda de estos estados, a principios de 1951, de una base de negociación para terminar el conflicto de Corea (p. 25).

El segundo acontecimiento se relaciona con el ingreso de China comunista a la ONU en 1971 a costa de Formosa. La mayoría de los países en desarrollo dio su apoyo en última instancia a Pequín, con cierta esperanza de que China pudiera convertirse en el campeón del tercer mundo frente a las naciones industrializadas de Oriente y Occidente. La Tercera Conferencia de la UNCTAD de Santiago, que se ocupó de cuestiones económicas, constituyó una grave decepción en este sentido. China no se decidió a hablar por el mundo en desarrollo y tampoco atacó a las naciones industrializadas más allá de cuestiones de principios. En cambio, en la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente, China se puso al lado del tercer mundo en su exigencia

de que quienes destruyen el medio ambiente humano deben ser igualmente responsables de su salvación y reconstrucción. Hay indicaciones de que China actuará en forma similar en la próxima Conferencia sobre el Derecho del Mar en 1973.

Kay concluye su estudio indicando que la alianza de las naciones "nuevas" con otros —es decir, "antiguos"— países en proceso de desarrollo económico, podría constituir el "siguiente cambio de enfoque" de la organización mundial. Hay pruebas sustanciales que sugieren que este cambio está ocurriendo rápidamente en estos momentos. El Grupo de los 77 (países en desarrollo), integrado por naciones "antiguas" y "nuevas", ha crecido durante el año pasado a cerca de 100 miembros; y la Declaración de Lima, que contenía las recomendaciones del Grupo de los 77 para la UNCTAD III, fue uno de los documentos de trabajo que se utilizaron en Santiago.

A medida que se acelera el cambio general de los intereses primordialmente políticos a los predominantemente socioeconómicos, las naciones en desarrollo, "antiguas" y "nuevas", deben cobrar una importancia perdurable en la estructura y el trabajo globales de la ONU. La ampliación en principio del Consejo Económico y Social de la ONU, de 27 a 54 miembros, y del Consejo de Gobernadores del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), son claros indicadores de esta dirección.

ELISABETH E. BRAUN

Traducción de EDUARDO L. SUÁREZ

GEORGE W. BALL, *The Discipline of Power, Essentials of a Modern Structure*. Boston, Atlantic-Little Brown.

SENATOR J. WILLIAM FULBRIGHT, *The Arrogance of Power*. Nueva York, Random House.

La guerra de Vietnam ha provocado, con toda justicia, que los intelectuales norteamericanos reexaminen los estándares de la política exterior de Estados Unidos y el empleo de su poderío militar. Noam Chomsky discutió la guerra de Vietnam y la invasión norteamericana a Indochina en un artículo titulado "After Pinkville", publicado a principios de 1970. Con base en *Le Monde* y en el *New York Times*, Chomsky afirmaba que Vietnam era el segundo país más bombardeado de la historia: "Vietnam del norte fue más bombardeado que Corea; ahora Laos está siendo más bombardeado que Vietnam del norte. Y este martirio ha durado cinco años... La Fuerza Aérea Norteamericana realiza más de 12 500 incursiones mensuales." El autor hacía referencia al reportaje del *Times* que señalaba que en Laos "la economía rebelde y las fábricas de utilidad social son los principales objetivos de los bombardeos norteamericanos". Chomsky ponía en duda las intenciones de la política estadounidense en Asia y su conclusión era: "La sociedad más avanzada del mundo ha hallado la respuesta a la guerra del pueblo: eliminar al pueblo."

Estados Unidos tiene dos imágenes: una atemorizante, opresiva y granítica, representada por el águila oficial blandiendo cohetes; la otra amable, bella, creativa y evocadora, representada por la Estatua de la Libertad que enarbola la antorcha de la libertad. La primera imagen queda reflejada en la obra de George Ball, *The Discipline of Power* (2); la otra emerge en el auténtico y profético libro del senador Fulbright titulado *The Arrogance of*